

— Dejar esta casa, huir, ir á vivir al extranjero, al fin del mundo, en una soledad de la India, en una isla de la Oceanía, olvidando, y olvidados.

— ¡ Y el otro partido? indicando con aquella respuesta que no aceptaba el primero.

— El otro, respondió friamente Carmelita, es morir, Colombán.

— ¡ Oh! dijo el bretón bajando la cabeza al nivel de sus rodillas.

— No pudiendo unirnos en la vida, continuó Carmelita, á nosotros toca unirnos al menos en la muerte.

— ¡ Ofendéis á Dios, Carmelita!

— No lo creo... Pero en todo caso, Colombán, prefiero sufrir con vos por toda la eternidad, á estar unida á *él* temporalmente.

— ¡ Imposible, Carmelita, imposible!

— Muy bien, el fuerte es débil... Al débil, pues, toca tener fuerza por los dos.

Colombán levantó la cabeza.

— No pudiendo ser vuestra, porque me rehusáis, Colombán, continuó Carmelita con un gesto de suprema grandeza, no pudiendo ser suya porque le rehuso, entraré desde mañana en un convento... ¡ Recibidme, Dios mío: me entrego á vos!

— ¡ Oh! Carmelita, Carmelita, ¡ cuán débil soy á vuestro lado!

— ¡ Vos, amigo mío, vos sois el ángel de la abnegación, de la bondad y del deber!

— ¡ No, no, os amo como un loco! os amo como un insensato! ¡ Todo lo que queráis, Carmelita, todo, todo lo haré!

Sonrió Carmelita tristemente; su triunfo era completo:

prosternado, encorvado, echado y deshecho á sus pies, Colombán le había dicho: « os amo. »

— La resolución es suprema, respondió la joven; vale pues la pena de que reflexionéis en ella, Colombán. Hablo como una criatura sin nombre, aislada, perdida en el mundo, atraída á la tumba por su padre y su madre que la han precedido; vos sois el último de una familia noble; vos tenéis un gran nombre; vos tenéis un padre que os adora... ¡ Pensad en vuestro padre! Mañana me diréis el resultado de vuestras reflexiones.

— ¡ Hasta mañana pues, Carmelita!

— ¡ Hasta mañana, Colombán!

Y los dos jóvenes se separaron cambiando un cordial y fraternal apretón de manos.

CAPÍTULO VIII.

LA RESOLUCIÓN.

La escena que acabamos de referir había pasado la víspera del martes de Carnaval de 1827.

Llegó el día siguiente con esa monótona regularidad que tienen las horas tristes ó alegres en dar dos vueltas á la esfera de una péndola.

Era un día brumoso y sombrío, un tiempo más propio de un día de difuntos que de martes de Carnaval; hemos visto el fin de este día en el primer capítulo de esta obra, cuando encontramos, errantes por las calles de París, á Juan Robert, Ludovico y Petrus: veamos el principio.

Cae la lluvia fina y penetrante; el aire estaba glacial, el cielo gris, el suelo negro. Era uno de esos días de invierno en que se está mal en todas partes, delante de un piano, delante de un libro, el poeta enfrente de su papel blanco, el pintor cerca de su lienzo no concluido; uno de esos días en que se está triste solo, más triste acompañado, en que parece que el espíritu está transido como el cuerpo, en cualquier punto de su gabinete que uno se refugie, en cualquier rincón de su habitación querida que se oculte; uno de esos días en que se está sombrío y disgustado, como si el viento de un cementerio pasase á través de las puertas y las ventanas cerradas; uno de esos días en que se tiritá sin saber por qué, á pesar del fuego de la chimenea, á pesar de las gruesas cortinas de las puertas, en que la humedad, esa pesadilla del día, entra y os coge por la garganta; en que incapaz de resistencia, se deja uno llevar como en sueños de las influencias malélicas de la atmósfera; uno de esos días en fin, en que se siente uno impotente para sacudir un malestar menos peligroso, pero más cansado que una enfermedad, y cuyo fin se espera sin hacer nada para remediarlo, porque se ha reconocido la ineficacia de todo remedio.

Era pues un día semejante el martes de Carnaval de 1827, en cuya mañana se reunían los dos jóvenes en el pabellón de Colombán.

Un gran fuego de sarmiento chisporroteaba en el hogar; pero tanta alegría como da el fuego durante las noches de invierno, tanta melancolía da cuando se ha visto por la mañana lucir el sol, aunque sólo haya sido por un momento; el fuego entonces parece una copia mezquina, una parodia ridícula del sol; no canta, no brilla, apenas calienta.

Estaban los dos delante de la chimenea, tristes, silen-

ciosos, pensativos, cambiando de vez en cuando algunas palabras breves, como podrían cambiarlas dos condenados que aguardan al verdugo.

Al fin abordó Carmelita la cuestión, y dijo la primera;

— ¡Mañana llega!

— ¡Mañana! repitió Colombán.

— Y aun no hemos tomado un partido definitivo, amigo mío, dijo Carmelita.

— Sí tal, dijo Colombán después de un momento de silencio, yo he tomado el mío.

— En ese caso, también yo, dijo la joven tendiendo su mano al bretón.

— ¡Yo, moriré! dijo Colombán.

— ¡Yo, moriré! dijo Carmelita.

Colombán palideció.

— ¿Está bien resuelto, Carmelita? dijo con voz temblorosa.

— Está bien resuelto, Colombán, respondió Carmelita con voz firme.

— ¿Moris sin pesar?

— Con alegría, con felicidad, con entusiasmo.

— ¡Que Dios nos perdone entonces! dijo Colombán.

— Ya nos ha perdonado, dijo la joven elevando al cielo una mirada llena de confianza.

— Muy bien, separémonos la última vez antes de reunirnos para siempre; y antes de morir, recojámonos en la soledad.

— Tenéis que hacer algunas despedidas, amigo mío.

— Tengo que escribir una carta á mi padre, y otra á Domingo.

— Y yo, dijo Carmelita, á mis tres amigas de colegio, á mis tres hermanas de San Dionisio.

Apretáronse los dos jóvenes estrechamente las manos, y se retiraron, Carmelita á su habitación, y Colombán á su pabellón.

Hé aquí la carta que Colombán escribió á su padre, el viejo conde Edmundo de Penhoel :

« Mi querido y venerado padre.

» Perdonadme el dolor que voy á causaros.

» Aunque mi resolución esté bien tomada, aunque nada en el mundo pueda hacerme renunciar á ella, ni aun vuestro amor hacia mí, ni aun mi reconocimiento hacia vos, vacilo, me detengo, y vuelvo á tomar fuerzas para escribir las siguientes líneas.

» ¡ Amado padre mío, padre respetado, querido y venerado, perdonadme, perdonadme !

» Renuncio á la vida que me habéis dado.

» Vos me habéis instruído desde mi infancia, venerado padre mío ; me habéis enseñado ante todo á cuidarme del desprecio de los hombres : me refugio en la muerte por temor de ese desprecio.

» Cuando recibáis esta carta, querido padre mío, habrá dejado de existir vuestro pobre Colombán, prefiriendo, según vuestros consejos, renunciar á la vida á faltar al cumplimiento de su deber.

» No es que haya faltado, mi noble padre, no. No tengáis un solo instante ese temor : si hubiese faltado, en vez de huir cobardemente del mundo, hubiese expiado públicamente mi falta, exponiéndola á la faz de todos.

» He resistido, luchado, combatido : porqué tenía vuestra desesperación ante los ojos.

» Iba á ser vencido, y he preferido morir.

» ¡ Os acordáis, mi muy amado padre, de nuestros paseos

sobre las playas, orillas del mar salvaje? Un día, una mareada furiosa habia hendido una roca gigantesca que estaba en pie é inmóvil desde el día en que la tierra habia salido de las manos de Dios ; enfrente de aquella roca despedazada, desarraigada, vencida, me referíais la historia de los cataclismos y las revoluciones terrestres, mostrándome el montón de granito que, separado de su base, rodaba bajo el esfuerzo de las olas, como si el granito se hubiese convertido en corcho ; me explicabais ese gran combate de los seres y de las cosas ; me hacíais comprender que los titanes de Hesíodo y los gigantes de la Teogonia no eran otra cosa que volcanes extinguidos, y me decíais que me inclinase ante aquella lucha incesante de las fuerzas de la naturaleza.

» ¡ Me inclino, padre mío : el huracán de las pasiones ha despedazado mis fuerzas ; la marea de los dolores humanos ha cubierto mi alma y la ha extinguido !

» Inclino la cabeza y muero.

» ¿ Os acordáis también, amado padre mío, de aquellas palabras de la *Imitación* que leíamos reunidos en nuestras veladas de invierno? ¡ Oh ! dulces veladas de mi juventud ; horas de infancia transcurridas en nuestro viejo castillo, ¿ dónde estáis ?

« *Obrad sobre la tierra como un viajero y un extranjero que no tiene interés alguno en los negocios de este mundo.* »

» Así decía la *Imitación santa*.

» Pues bien, mi venerado padre, he vagado como un viajero entre los extranjeros, y antes que tomar parte en los negocios de este mundo abandono sin pesar el país terrestre, y voy á esperaros en el cielo.

» Muero con la conciencia tranquila, y casi diría con el

corazón alegre, padre mio, si mi alegría egoísta no fuese un insulto á vuestro afecto.

» ¡ Os suplico pues de rodillas, con las manos juntas, el corazón despedazado, os suplico pues, mi bueno y adorado padre, os suplico que me perdonéis el pesar que os causo al pensar vos, que tanto me amáis, que para mi sería tan grande desgracia vivir, como es una felicidad morir !

» Vuestro hijo ingrato,

» COLOMBÁN DE PENHOEL. »

Algunas lágrimas, como anchas gotas de lluvia de tempestad, borran la última página de aquella carta, escrita con mano firme y con aquellos grandes caracteres que es casi siempre propio de las razas caballerescas.

En seguida, sin cerrar aquella carta, separándola solamente á un lado, escribió Colombán otra á Domingo Sarranti, concebida en los términos siguientes :

« ¡ Hermano mio !

» ¡ Voy á morir ! me dirijo á vos como amigo, como sacerdote.

» Tengo necesidad á la vez del sacerdote y del amigo.

» Hé aquí lo que le diré al sacerdote :

» ¡ Hermano mio, no profráis sobre mi cuerpo esa cruel blasfemia, que *el que quiere morir no ama á nadie*; yo al contrario, muero porque he amado demasiado !

» Tengo ante los ojos un libro en que se anatematiza el suicidio; se ha dicho que entre los animales no hay uno que desgarré sus propias entrañas, y se prive voluntariamente de la vida.

» Si, sin duda, si, los animales obedecen ciegamente al Criador ; sólo el hombre se rebela contra él ; pero Dios no ha dado al animal más que el instinto, y al hombre le ha dado las pasiones : ahí está todo el secreto de la desobediencia del hombre y de la obediencia de los animales.

» ¡ Y además, decidme, hermano mio, es rebelarse contra Dios adelantarse voluntariamente hacia él ? ¿ No sería, la verdadera rebelión, por mi parte, vivir para maldecir la vida y tal vez al que me la ha dado ? No, al renunciar á la luz del día, no hago más que prevenir los decretos de la naturaleza ; la existencia y la muerte son dos de sus leyes : un solo camino conduce á la vida, mil conducen á la tumba y nos apremian hacia la eternidad. No puedo, Dios mio, acusaros de mis desgracias, lo sé ; pero acuso de ellas á mis pasiones que se derivan de vos, pues que las he recibido con la vida el día en que mi alma se escapó de tus manos para bajar á la tierra á animar al niño que acababa de nacer ; ellas no hubieran podido abatirme, si no les hubieseis dado fuerza ; al doblarme pues, bajo sus manos, me doblo bajo vuestra divina diestra. No habéis fijado por otra parte la duración de la edad de los hombres ; todos deben nacer, vivir y morir : éstas son vuestras leyes, ¿ qué os importan el tiempo y la manera ?

» Mi muerte, oh naturaleza, madre eternamente devoradora y fecunda, nada te robará de lo que me has dado ; mi cuerpo, esa parte infinitamente pequeña del gran todo, se reunirá siempre á ti bajo otra forma ; mi alma ó morirá conmigo y se modificará en la masa inmensa de la cosas ó será inmortal, y en ese caso su esencia divina permanecerá intacta. Mi razón largo tiempo sumisa á la fe, ya no se deja seducir por sofismas : oigo la voz del mismo Dios que me dice : « Hombre, te he criado á fin de que con tu felicidad con-

curras á la felicidad universal; y para que puedas llegar más seguramente á ella, te he dado la vida y el horror á la muerte; pero si la suma de penas sobrepaja en ti á la de la felicidad, si los caminos que te he abierto para huir de los males no deben por el contrario conducirte más que á nuevos dolores, ¿qué te obliga al reconocimiento, puesto que la vida que te había dado como un beneficio se convertirá para ti en una fuente de infortunios? »

» ¡ Insensato ! ¡ qué presunción ! ¡ me creo necesario en el mundo ! Mis años son un átomo imperceptible en el espacio infinito de los tiempos. Yo no sé por qué ni cómo he venido al mundo, ni qué es el mundo, ni qué soy yo mismo; y si corro al azar hacia uno de los cuatro puntos del horizonte para saberlo, vuelvo confuso con una ignorancia siempre más terrible. Yo no sé lo que es mi cuerpo, lo que son mis sentidos, lo que es mi alma; no sé qué parte mía piensa lo que escribo y medita sobre todo y sobre mí mismo sin poder llegar nunca á conocerse; en fin, intento medir con el pensamiento las inmensas extensiones del universo que me rodea; me encuentro como atado al ángulo de un espacio incomprensible sin saber por qué estoy atado allí más bien que en otra parte, y por qué el corto momento de mi existencia, relámpago rápido entre dos noches, pertenece más bien á esta hora de la eternidad que á la que le ha precedido ó á la que debe seguirla. ¡ No veo por do quier más que el infinito que me absorbe como un átomo ! Y cuando durante los ocho últimos años del último siglo, cuando durante los quince primeros de este, murieron cuatro millones de hombres sacrificados á algunas varas de terreno que se llaman *fronteras* y á la fama de un hombre que se llama un *conquistador*, ¿ temería consagrar á mí mismo, y á la mujer para

quien y con quien muero, los pocos días que me quedan ? Esto, convenid en ello, hermano mío, sería insensato, estúpido, ilógico en el orden físico como en el orden moral.

» Esto, para el sacerdote pensador y filósofo; para el sacerdote que sabiendo cuánto he sufrido levantará por mí hacia Dios sus manos puras y su espíritu exento de toda pasión; para el sacerdote que no permitirá que por poco cristiana que sea nuestra muerte, descendan nuestros dos cuerpos á la tumba, sin una plegaria, ó por lo menos, sin un adiós. »

Hé aquí ahora para el amigo :

« ¡ Buen Domingo, amigo querido de mi corazón ! mañana por la mañana en el momento que hayas recibido esta carta partirás para Bas-Meudón; conoces la casa que habito: entrarás en ella, y acostados sobre el mismo lecho encontrarás los cadáveres de un joven y una joven muertos por no tener que ruborizarse de sí mismos ni ante los hombres, ni ante Dios.

» Á ti, querido amigo, á ti sólo confío los últimos cuidados de nuestro entierro.

» No hemos podido vivir juntos en este mundo; no hemos podido ni vivir la misma vida, ni dormir sobre el mismo lecho; deseamos al menos reposar en la misma tumba por toda una eternidad.

» Mandarás pues hacer un féretro bastante grande, querido Domingo, para que se nos pueda acostar en él uno al lado del otro; cogerás las últimas flores del rosal que encontrarás en nuestra habitación, y las derramarás sobre nosotros; después todo quedará concluido, sólo tendremos necesidad de tus plegarias. Pero quedará un hombre que

tenga gran necesidad de ti, querido amigo de mi corazón : ese hombre es mi padre.

» En el momento que hayas cumplido los últimos deberes con su hijo, partirás para la Bretaña ; nada te detendrá en París, ¿ no es verdad ? Encontrarás anegado en lágrimas aquel buen padre : no intentes consolarle ; llora con él.

» ¡ Adios, querido amigo ! mañana á esta hora los hombres, á cuya opinión me sacrifico, nada podrán ya para mí ni contra mí : Carmelita y yo estaremos acostados á los pies del Señor.

» Tu amigo... más que tu amigo, tu hermano.

« COLOMBÁN DE PENHOEL. »

Entonces cerró las dos cartas, escribió los dos sobres ; sólo que en el de su padre añadió :

Para echarla al correo. »

Sobre la de Domingo Sarranti :

« Para que la lleven mañana antes de las siete. »

CAPÍTULO IX.

LA NIDADA DE REISEÑORES.

Mientras tanto Carmelita por su parte escribía la carta siguiente á sus tres amigas de San-Dionisio.

Á REGINA, Á LIDIA, Á FRESOLINA.

« ¡ Adios, hermanas mías !

» Nos habíamos jurado en San-Dionisio amarnos, defen-

ernos y servirnos durante toda nuestra vida, como teníamos costumbre de hacer en el colegio, cualquiera que fuese la diferencia de nuestra posición en el mundo ; habíamos convenido en que en caso de peligro cada una de nosotras acudiría al llamamiento de la otra, en cualquier lugar y á cualquiera distancia que se encontrase.

» ¡ Pues bien, hermanas mías, cumplo mi juramento : os llamo, cumplid el vuestro ; ¡ venid ! Venid á besar por última vez la frente helada de la que fué vuestra amiga aquí abajo ! ¡ Venid ! mi último suspiro volará hacia vosotras diciendo : « Os aguardo. »

» Pero al dejar este mundo os debo la confianza de esta bruseca partida.

» Hermanas mías, sería indigna de vosotras, si creyendo que podían curarse mis males, no os hubiese llamado para curarlos ; pero ¡ ay ! la llaga era mortal, y vuestra triple ternura no hubiera podido hacer más que arrojar sobre ellas las flores de nuestra amistad.

» ¡ No lamentéis sin embargo mi vida, hermanas mías ! y envidia más bien mi muerte ; porque muero como otras viven, con alegría, con gozo, con felicidad.

» ¡ Amor ! (y si alguna vez habéis amado, comprenderéis el sentido de esta palabra. Si hoy no amáis aún, lo comprenderéis mañana) amo al hombre de mi elección, de mi gusto, de mis sueños ; he encontrado reunidas en una criatura humana todas las riquezas de belleza, de bondad, de virtudes, con las que todas nosotras adornamos el héroe con quien debíamos desposarnos.

» No pudiendo casarme con él en este mundo, me desposo esta noche, y voy á concluir el matrimonio en el otro.

» Esta noche morimos, hermanas mías, y si mañana lle-

gáis temprano, antes que la muerte haya tenido tiempo de esparcir sus tintas violadas sobre nuestras mejillas, veréis los dos más bellos novios que ha producido nunca la tierra.

» Pero no derramáis una sola lágrima sobre sus frentes, no turbéis su sueño con vuestros gemidos; porque tampoco nunca, tampoco habrán subido hacia el cielo almas de novios más radiantes ni más puras.

» Adiós, hermanas mías.

» Mi único pesar es no haber podido abrazaros á todas tres antes de morir; pero lo que dulcifica para mí la amargura de este pesar, es el pensamiento de que tal vez no hubiera podido resistir á vuestras lágrimas, y que vuestro afecto tan tierno y tan adicto me hubiera hecho volver á tomar gusto á la vida, cuando experimento al morir una felicidad indecible.

» No me sintáis pues, pero pensad en mí algunas veces, cuando por la noche, en una noche serena, á la claridad de la luna, amiga melancólica de los muertos, os paseéis murmurando palabras sin coherencia, apoyadas en el brazo del hombre á quien améis.

» Decíos que también yo (que os miraré inclinada al borde de las nubes adornadas con franjas de plata), que también yo he pasado horas adorables durante las noches de primavera, escuchando las primeras palabras de amor, respirando los primeros perfumes de las rosas.

» Pensad en mí, cuando solas, y aguardando á cada ruido de carruaje que se detiene, á cada ruido de puerta que se cierra, vayáis para calmar la fiebre de la ausencia á registrar en su habitación, á abrazar los libros, los papeles, los objetos que él ha tocado, decíos que también yo he besado por la noche las hojas de las calles por donde él había pasado por la mañana.

» ¡Adiós, hermanas mías!

» Las lágrimas se me vienen á los ojos al pensar que voy á dejarle; pero también se me viene la sonrisa á los labios al pensar que voy á seguirle.

» Sed felices.

» Merecéis todas las felicidades que vuestra infancia os prometía. Ignoro por qué me habéis amado tan vivamente: no era digna yo de vosotras.

» Vosotras erais alegres, indiferentes: yo era seria y reflexiva; veníais á buscarme en el pequeño sendero solitario en que me paseaba, y me llevabais con vosotras por la mano entre el ruido y los juegos; pero yo desordenaba vuestro trío encantador, porque recordaréis que la señora superintendente, al veros un día enlazadas á todas tres, os llamó las tres Gracias; á lo que replicó severamente el abad: «Decid más bien, señora, las tres Virtudes.»

» Y era verdad.

» Regina era la Fe; Lidia la Esperanza; Fresolina la Caridad.

» ¡Adiós, mi querida Fe! ¡adiós, Esperanza mía! ¡adiós, mi querida Caridad! ¡Adiós, hermanas mías!

» ¡Que mi ausencia sirva para uniros más; amaos más aún si es posible; nada hay bueno en este mundo más que el amor! Tratad de vivir con el amor que me hace morir; no sabría desearos una felicidad más inefable.

» ¡Os lego mi único bien sobre la tierra, mi único tesoro; mi rosal blanco, dado que no muera con nosotros. Le cultivaréis todas tres, conservaréis sus flores, y el 15 de Mayo, aniversario de mi nacimiento, vendréis reunidas á deshojarlas sobre mi tumba.

» Así como en una noche de primavera he deshojado yo todas mis alegrías en este mundo.

» Obtendréis mi perdón de la señora superintendente que me llamaba, ¿os acordáis? me llamaba su *hermoso pájaro rosa*, decidle que su hermoso pájaro rosa, temiendo el plomo del cazador, se ha remontado á las azuladas florestas.

» Encontraréis cerca de mí esta carta con sobre para vosotras; estará sobre una sinfonia que he compuesto.

» Creo que hubiera podido llegar á ser una grande artista.

» Esa pieza está dedicada á las tres, porque pensaba en vosotras al escribirla. Se titula: *La nidada de ruiseñores*.

» Un día, este verano, vi caer de un árbol un nido de ruiseñores asfixiados por la tempestad (hay un rayo para los pájaros como para los hombres), y ese es el motivo de mi sinfonia, que la estudiaréis, y la tocaréis en memoria mía.

» ¡ Pobres pajaritos! son la imagen de las ilusiones, que he ansiado toda mi vida, y que han muerto apenas habían nacido.

» Adiós por última vez, porque á pesar mío, lo conozco, mis ojos se anegan en lágrimas, y si estas lágrimas cayesen sobre mi carta, borrarían las palabras de felicidad que he trazado.

» ¡ Adiós, hermanas mías!

CARMELITA. »

Terminada esta carta, escribió otras tres, que eran simples citas á sus amigas para el día siguiente á las siete de la mañana.

En seguida llamó á la jardinera.

— ¿ Sale aun hoy el correo? preguntó.

— Sí, señorita, respondió Nanette, si os apresuráis un poco marcharán vuestras cartas hoy á las cuatro.

— ¿ Y á qué hora estarán repartidas en París?

— A las nueve de la noche, señorita.

— Eso es lo que me conviene... Tomad esas tres cartas y llevadlas al correo.

— Sí, señorita... ¿ No tiene más que encargarme la señorita?

— No; ¿ por qué?

— Porque hoy es martes de Carnaval.

— Día de fiesta, dijo sonriendo Carmelita.

— Sí, señorita, y habíamos quedado en ir cinco ó seis á París, donde debíamos reunirnos con las lavanderas de Vanves en una gran comparsa, y á menos que la señorita tenga necesidad de mí...

— No, podéis ir á París.

— Gracias, señorita.

— ¿ Á qué hora volveréis?

— Á las once, ó acaso más tarde; es muy posible que se baile.

Sonrió Carmelita de nuevo.

— Divertíos mucho y volved á la hora que os agrade; no os necesitaremos.

En efecto, no sólo no necesitaba Carmelita de la jardinera, sino que entraba en sus miras aquella marcha.

Colombán y ella iban pues á estar solos en la casa, y el pensamiento de aquella soledad era lo que hacia sonreír á la joven.

Salió la jardinera, y á eso de las cuatro de la tarde, hallándose libres los dos jóvenes, no pensaron más que en los preparativos de su muerte.

Desde aquel momento desapareció para ellos el mundo: se pasearon aún durante algunos instantes en medio de los árboles negros y despojados de sus hojas en las calles

del jardín, pero se paseaban como sus propias sombras.

Las hojas y ramas secas que pisaban, aquellos árboles de descarnados brazos, aquel cielo gris que inútilmente intentaba el sol penetrarlo, la campana del lugarejo que tocaba melancólicamente las horas, el ruido monótono de la trompa del carnaval que de vez en cuando resonaba tristemente en lontananza, todo, ruido y silencio, soledad y recuerdo del mundo, todo les preparaba al largo reposo, todo les convidaba á morir. Subieron á la habitación, y fuera de la de Camilo, que había permanecido cerrada desde su marcha, visitaron todas las piezas para darles el último adiós.

Cuando llegaron á la habitación de Carmelita, abrió la joven la ventana y cogiendo el brazo de Colombán, le dijo:

— En este sitio estaba el día que marchó Camilo; sólo desde aquel día comprendí la extensión del odio que le tenía, la grandeza del amor que os profesaba; desde aquel día, Colombán, he roto con la vida, y he pactado con la muerte... Pero también desde aquel momento (perdóname, Colombán) me asaltó el deseo egoísta de morir con vos.

Colombán oprimió la mano de la joven contra su corazón.

— ¡Gracias! dijo.

En seguida cogieron el rosal que debía ser el compañero de su agonía.

Pero en el umbral se detuvo Carmelita.

— Aquí es, continuó diciendo al joven, donde por primera vez tuve la revelación de vuestro amor... ¡Oh! ¡cómo durante media hora que habéis permanecido ahí aquella noche bienhadada resistí al deseo de arrojar me en vuestros brazos?

Después mostrándole la ventana del corredor:

— Desde esta ventana, dijo, miraba lucir vuestra lámpara, y estaba aquí hasta que se apagaba.

Bajaron la escalera, Carmelita sonriendo, el joven suspirando.

— ¡Cuántas veces, dijo Carmelita, he bajado en medio de la obscuridad, sin oír el ruido de mis pasos, pero sí el de mi corazón! Mirad, ved la calle que seguía frecuentemente durante el estío (cuando dormíais con las persianas cerradas pero con la ventana abierta), ligera como una sombra, y venía á colocar mi oído en las maderas para escuchar vuestra respiración. Casi siempre vuestro sueño era agitado por algún mal ensueño, y yo entonces con los brazos extendidos y el pecho anhelante, estaba pronto á deciros: « ¡Ábreme, Colombán, soy el ángel de los ensueños de color de rosa! Decidme lo que turba vuestro sueño, mi buen amigo. »

Y presentó su frente pura y límpida al beso del joven.

Después entraron los dos en el pabellón, Carmelita la primera, Colombán detrás de ella.

Colombán cerró la puerta con la llave y el cerrojo.

CAPÍTULO X.

TO DIE, TO SLEEP (MORIR ES DORMIR).

Colombán puso la llave sobre la chimenea.

El dormitorio del joven se había transformado en una verdadera capilla.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

Todas cuantas flores se habían abierto en el pequeño invernadero, cuyos vidrios brillaban al sol en un rincón del jardín, cuando el sol se presentaba por casualidad, habían sido puestas á contribución por Carmelita.

Había ocultado las ventanas con cortinas de muselina blanca; había extendido sobre la chimenea, como sobre un altar, una cubierta bordada, y había colocado en ella, lo mismo que sobre el piano, el velador, y sobre cada mueble, vasos llenos de flores.

Todas las flores que, después de esta distribución, habían sobrado, las había deshojado y extendido sobre el estrado.

Hubiérase dicho que habían bajado ya á la bóveda mortuoria.

Sentáronse sobre el sofá, y conversaron una hora poco más ó menos.

Después encendieron la lámpara, porque había anochecido.

Carmelita, como si hubiera temido que se le fuese á escapar aquella muerte en compañía, á cada minuto hacía un movimiento para levantarse é ir á buscar el carbón reunido sobre un brasero en el cuarto de tocador al lado de la alcoba.

Á cada movimiento la detenía Colombán: en el momento de cesar de verla no la había visto bastante, y quería verla más aún.

Á eso de las nueve de la noche, apoderóse de Carmelita la idea de ponerse al piano, y cantar. Antiguamente, cuando los cisnes cantaban, dejaban oír su voz á la hora de su muerte.

¡ Jamás el grito del dolor, jamás el himno de la alegría, habían sido reproducidos por un canto semejante! jamás

la voz de Carmelita, que se extendía desde las cuerdas más bajas á las notas más altas, que daba atrevidamente y sin transición el do de pecho, después del do bajo, había llevado á cabo semejantes prodigios. Parecía que Dios la daba, para decir adiós al mundo que iba á dejar, y saludar aquel en que iba á entrar, acentos de queja y de felicidad, semejantes á los de los ángeles caídos, que después de un largo destierro sobre la tierra, son por la misericordia infinita del Señor llamados otra vez al cielo, su primera, su única, su verdadera patria.

En fin, cansada de recorrer los espacios sin límites en que se cierne ó se extravía la fantasía, extinguióse su voz como un suspiro melódioso que mucho tiempo después aun de haberse extinguido, vibró en el corazón del joven.

Habiase aproximado Colombán á Carmelita, de modo que, concluida la improvisación fúnebre, la joven había dejado caer su cabeza sobre su hombro y sus dos manos en sus manos.

El piano había quedado mudo como un cadáver, cuya alma ha volado.

Hubo en la obscuridad un largo silencio, sólo interrumpido por el aliento confundido de los jóvenes.

De repente sonó el reloj.

Los dos, sin decirselo, contaron las vibraciones del bronce.

— Las once, dijeron los dos.

En seguida añadió Carmelita:

— Amigo, es tiempo.

Levantóse Colombán, encendió dos bujías, dejó una á Carmelita, y pasó con la otra al gabinete donde estaba el carbón.

— ¿ Dónde vas? preguntó Carmelita.